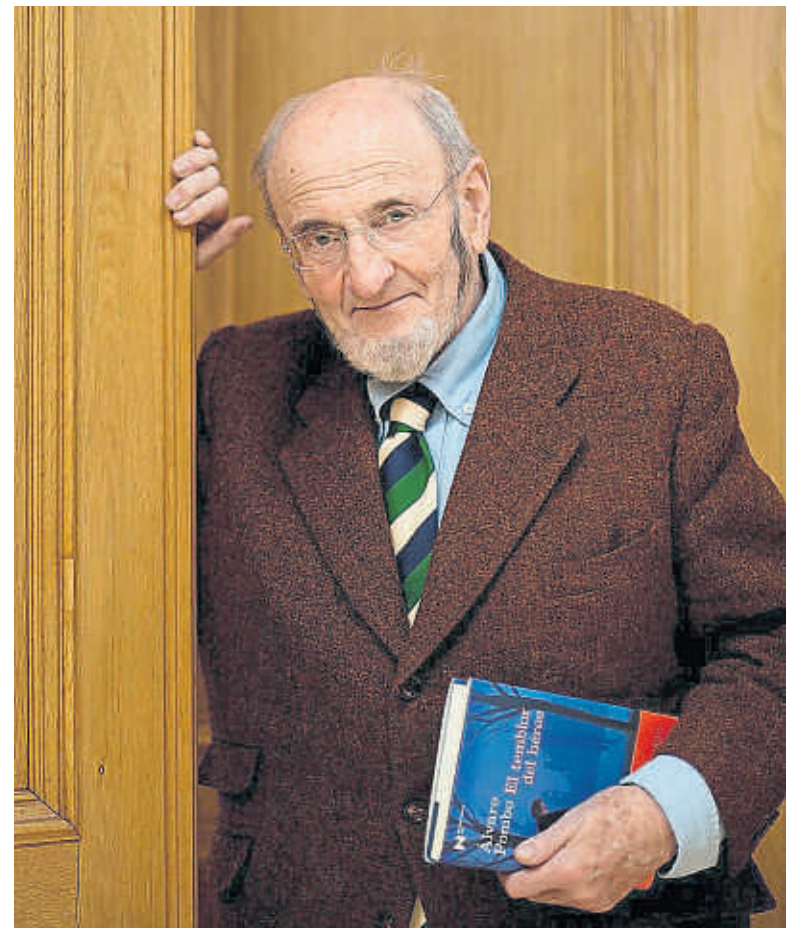
Narrativa Una herencia y un reloj eternamente parado a las doce son el eje de la novela donde Álvaro Pombo atempera su pluma

Una herencia envenenada



Pombo con su novela 'El temblor del héroe', premio Nadal 2012 GETTY

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

En Álvaro Pombo (Santander, 1939) resulta imposible separar a la persona del personaje y del escritor. Toda su obra está impregnada de su biografía. Pombo pertenece a una familia de la aristocracia santanderina, el mundo exquisito y decadente de tantas novelas suyas. Y aquí con guiño: Caller, el apellido del protagonista de la *La casa del reloj*, es el segundo apellido de su madre. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid y Bachelor of Arts en Filosofía por el Birbeck College de Londres, el lenguaje filosófico está siempre presente, como lo está Londres, donde vivió muchos años trabajando como telefonista de un banco y donde pudo aceptar más libremente su homosexualidad, un tema vivido hasta ahora conflictivamente en sus novelas, con el habitual y cruel desencuentro entre un joven desenvuelto y una atormentada persona mayor.

Independiente, extravagante y, cuando le conviene, atrabiliario, el resultado es una obra muy original que no encuentra paralelo en ningún otro escritor de su generación. Originalísimo poeta, en 1973 publicó su primer libro, *Protocolos*, con prólogo de Luis Felipe Vivanco; en 1977 ganó el premio El Bardo, con *Variaciones*, y en 2004 apareció su poesía completa, *Protocolos. 1973-2003*. En su primer libro en prosa, *Relatos sobre la falta de sustancia* (1977), se encuentra el punto de partida de una coherente trayectoria que nos lleva de sorpresa en sorpresa. Con novelas canónicas entre las que destaco *El héroe de las mansardas de Mansard* (1983), *El metro de platino iridiano* (1990), *Aparición del eterno femenino contada por S.M. el Rey* (1993) o *Donde las mujeres* (1997).

Progresivamente, su escritura se ha ido depurando, para llegar a la depuración extrema de *La casa del reloj*, coherente con la celebración de la austeridad de sus últimas páginas. El espacio geográfico en el que se mueven los personajes ha dejado de ser importante. Los conflictos hasta ahora tan violentos, se han atemperado, como se ha atemperado la vitalidad verbal. Reaparece lo que ha definido toda su escritura: lo soso, lo insustancial, lo insignificante. La novela se centra en la herencia que ha recibido Juan Caller, como premio a los años que dedicó a cuidar a Alfonso. Una herencia envenenada, como vamos descubriendo en lo que parece una comedia y a la vez un drama de enredos, incapaces los personajes de vivir una verdadera tragedia. El legado incluye *La casa del reloj*, cuyo re-

Cuentos Marta Orriols describe la vida de hombres y mujeres que buscan un punto de la realidad al que agarrarse para superar el miedo y seguir adelante

Reconciliarse con la vida

Marta Orriols PERISCOPI

JULIÀ GUILLAMON

En los últimos libros que he leído de Marta Carnicero (Barcelona, 1974) y Marta Orriols (Barcelona, 1975) he notado un cambio significativo. Se trata de historias de costumbres modernas de nuevo cuño: la crisis ha dejado de ser el centro de las cosas. Los protagonistas tienen trabajo, a veces incluso esperan un ascenso, y han recuperado los hábitos y las preocupaciones, digamos, burgesas. La mujer de cuarenta años ha quedado embarazada: su amante se plantea tener el hijo. La chica independiente que ya no es ninguna niña recibe la visita de su madre: le dice que a qué espera para formar una familia (la ve sin maquillaje y le da pena). La joven que ha perdido el hijo regresa sola a casa muy bebida: la imagen terrible vuelve a la cabeza. Dos hermanas salen por Gràcia: una va en silla de ruedas a causa de un accidente y explica a la otra, que se siente culpable, qué debe hacer para reconciliarse con la vida.

Que es el gran tema de *Anatomia de les distàncies curtes*. Es el primer libro de la autora, que sale de la escuela de cine Bande à Part y de l'Escola d'Escriptura de l'Ateneu Barcelonès. Escribe un blog titulado *No puc dormir*. Mediante la resignación o la renuncia (enamorados, parejas, una aspirante a médico, un fotógrafo), del amor de un instante, de la bondad pura de la abuela que ha perdido la cabeza y que irrumpe en la vida planificada del nieto ejecutivo, del amor perdido y reencontrado después que uno de los amantes ha volado a Estados Unidos y ha tenido un hijo con una americana. Dominar la situación, encontrar el equilibrio, que la sangre no acabe nunca de llegar al río.

En los treinta, Carles Soldevila escribía unas historias que, salvando las distancias, recuerdan las de Orriols. Por ejemplo: el caso de la pareja que sale de noche, van al cine, ya no se entienden, a la mujer la película la emociona, él la soporta con indiferencia. Cuando llegan a casa se produce un intento de recuperar la pasión o al menos el recuerdo de la pasión. Ella empieza a desnudarse teatralmente, pero él prefiere ir a buscar una pizza.

O el caso de la otra pareja que recibe a unos amigos en casa. El hombre bromea que las cosas no les van bien,

Son historias de costumbres modernas de nuevo cuño: la crisis ha dejado de ser el centro de las cosas

que el amigo seguro que engaña a su pareja. No imagina que la engaña con su mujer. La mujer reconoce que está harta pero no hará nada: se ha acostumbrado a esa vida resignada por un lado y romántica del otro. Es el mundo de líos sentimentales bien explicado, elegante, un poco frío, un poco blando, de aquellas novelas de Solde-

loj, significativamente, está parado a las doce. Por un lado están los familiares del rico Alfonso, por el otro, el fontanero, Benito, que ha de subir con su nieto Tomás a arreglar los desagües. Andrés, el hermano de Alfonso, aparece como un viejo intruso, cuya presencia altera la apacibilidad que esperaba Caller. Matilde carece de la grandeza de otras figuras femeninas de Pombo. Ha sido infiel a Alfonso, con unas consecuencias que tienen un peso definitivo en el desarrollo del libro. Tomás nos parece durante mucho tiempo el clásico guaperas que va a revelar las debili-

La frontera entre verosimilitud e inverosimilitud desaparece; exige ser leída con ironía

dades de Caller. Para sorpresa del lector, no será así. Las versiones sobre cada personaje van variando. Es significativo que el discurso de ingreso a la Real Academia de Pombo se titulase *Verosimilitud y verdad*, términos equivalentes, uno en el terreno de la razón y otro en el de la ficción. La frontera entre verosimilitud e inverosimilitud aquí desaparece. La novela exige ser leída irónicamente. Nuevos senderos que nos llevan al grandioso, único e inconfundible camino de la narrativa pombiana. |

Álvaro Pombo
La casa del reloj
DESTINO. 252 PÁGINAS. 19 EUROS

vila que hace ochenta años escandalizaban, pero no tanto, a los lectores del Eixample. Ahora, con música de Miles Davis, auxiliares de vuelo, estancias en Palacagüina, sillas *Barcelona* y camisetas de los Rolling Stones de talla infantil.

Orriols va construyendo unas atmósferas en las que los personajes viven con sus renuncias entre algodones. No hay grandes descargas. Y si de vez en cuando cae un rayo, seguido de un trueno, en seguida pasa entre bonitos fuegos artificiales. "I la nostra història, de què deu fer olor?" –se pregunta la fotógrafa en el taxi–. "Cal estovar el matalàs a força de ferhi molt l'amor, per convertir un espai en llar" –dice Clara, que espera inútilmente un mensaje en el móvil–. "Sempre he pensat que les coses importants es presentien" –piensa la chica que no puede dormir porque al día siguiente tiene que cumplir una promesa–. Olor, amor, presentimientos. Bien escritos, bien construidos, de aquella manera pautada de los talleres de escritura, los cuentos del primer libro de Marta Orriols. |

Marta Orriols
Anatomia de les distàncies curtes
PERISCOPI. PRÓLOGO DE JENN DÍAZ, EPÍLOGO DE TINA VALLÈS. 178 PÀGINES. 17 EUROS

pensamiento y otras ocurrencias

Última frontera

Se dice que la oralidad, frente a la literatura, gana en efectos, gracias a los gestos y la relación con el público, y pierde en profundidad. Sin embargo, la conferencia sobre pintura antigua impartida por Pascal Quignard (Verneuil-sur-Avre, 1948) , autor de la novela *Todas las mañanas del mundo*, desmiente esta teoría. El ensayo *La imagen que nos falta*, nacido de varias conferencias y charlas improvisadas, es un prodigio de erudición e ingenio. El lector se enfrentará a un texto que nos habla y nos busca como el conferenciante hace a su público. El ensayo parte de un sugerente postulado: "Una imagen falta en origen. Ninguno de nosotros pudo asistir a la escena sexual de la que es el resultado. El niño que proviene de ella la imagina interminablemente. (...) Una imagen falta al final. Ninguno de nosotros asistirá, vivo, a su propia muerte...". Esta premisa permite al autor señalar una de las características de la pintura antigua: su carácter oracular, poder ver más allá de lo que vemos.

Son obras que muestran espacios vacíos y los dotan de lógica. Nos invitan a descifrar su enigma, como en las paredes de la cueva de Lascaux o en los frescos grecorromanos. Imágenes a trozos, incompletas narraciones y fragmentos de acciones que el autor dejó en el aire para que el espectador las dote de sentido. Es como si ayudáramos, con nuestra mirada, a descodificar aquello que no está concluido en la obra. Como dice Quignard: el arte busca algo que no está ahí. Y podemos añadir: y nosotros lo advertimos.

Imagen faltante que, como advierte el autor, es deseada, esperada, echada de menos, rechazada, acechada, soñada, buscada, ahuyentada, meditada. Sobre todo meditada, en el caso de los frescos grecorromanos. En uno de ellos se posa la meditación de Quignard. Es el fresco de la casa de Dioscuri. En las ilustraciones que acompañan al libro podemos ver a los hijos de Medea jugando con unos huesecillos, astrágalos, nuestros actuales dados donde corre la fortuna. En la imagen debemos leer lo que Eurípides desvela en su tragedia: el destino de Medea, que va a ser repudiada por su marido, Jason, para casarse con Creúsa. Medea exige más tiempo para preparar su partida. Utilizará ese tiempo para matar a sus hijos y al que está por nacer. Tiempo para preparar una venganza y mostrar su furia. En el fresco, Medea está absorta en sus pensamientos. "Ama a los niños. Odia a su esposo". En el extremo opuesto vemos a Tragos, el viejo pedagogo que vigila a los niños, Mérmero y Feres, mientras ellos hacen danzar sus dados. Ahí se acaba la escena. Como dice Quignard, "nada vemos de lo que está por venir". Y, sin embargo, nuestra inteligencia intentará buscar la lógica oculta de la escena.

Fresco de Medea de la casa de Dioscuri, ahora en el Museo Arqueológico de Nápoles GETTY

Para Quignard, la imagen que hay que desvelar es la del silencio de Medea antes de culminar su venganza. "La meditación en el mundo antiguo se imagina como debate de voces que tiene lugar en el interior de cuerpo". Medea es, precisamente, "el tiempo suspendido antes de la tormenta". Esa es la imagen que falta o, tal vez, una de ellas, ya que la escena de los dos hijos de Medea jugando o, por lo menos, lo interpelan, podría ser otra.

Podemos advertir imágenes que nos faltan en un mundo donde sobran muchas de ellas. Una de ellas es la que proyecta en nosotros el término frontera, como zona de exclusión,

Dos obras que invitan a descifrar el enigma: en una tragedia griega y en otra actual desatada por los exilios

demarcación, acotación de territorio, patria. La historia de las fronteras es la historia de los estados nación, su forma de comunicar que somos distintos unos a otros. El ensayo de José Manuel Querol (Madrid, 1963) *¡Fronteras!* nos permite situar la línea que trazan, sobre el territorio físico y espiritual, los pueblos y sus gobernantes. A partir de ejemplos como Idomeni, en la frontera griega y macedonia, donde los refugiados sirios esperan ser devueltos a su lugar de origen o enviados a Turquía, convirtiendo a Europa en zona de exclusión y no de libre circulación; o la violenta frontera entre EE.UU. y México, en la que se levantan muros y alambre de espino, imagen central de la campaña de Trump para cohesionar su electorado desde una visión xenófoba; o los países fronteras como Israel o Palestina, donde la geopolítica consolida fronteras móviles y militarizadas, lo que nos propone el autor es: "Quizás sea hora de repensar qué es un límite, qué es una frontera, cómo se forma, y aprender de su carácter humano...". La última frontera que nos sugiere aún está por explorar. Es la que construimos de la mano de los prejuicios, los miedos y las dudas, y que dan cobijo a los populismos. En este caso, la imagen que falta es la línea que trazamos nosotros frente al otro. |

Pascal Quignard
La imagen que nos falta
EDICIONES VE. 60 PÁGINAS. 8 EUROS

José Manuel Querol
¡Fronteras! Estados, naciones e identidades
DIAZ & PONS. 224 PÁGINAS. 13,50 EUROS

FÈLIX RIERA